Telón de Agora

LA CABEZA DE UN TRAIDOR. JUANA DE LORENA. EL CONCIERTO DE SAN OVIDIO. EL PERRO DEL HORTELANO.

En el teatro Eslava, dirigida por Luis Escobar, que ha vertido la obra al español en colaboración con Santiago Martínez Caro, se ha estrenado LA CABEZA DE UN TRAIDOR, de Robert Bolt.

¿Qué debe perseguirse al recrear la Historia? Exclusivamente la ejemplaridad. Lo demás es cosa de colegio, informativa o deformativa, que de todo puede haber y hay en esta clase de obras. La de Bolt está vinculada con fortuna—una época apasionante—a la historia y a la hagiografía—Santo Tomás Moro—. Y en su obra—como en platillos de una balanza—se contrapesan de un lado Moro, de otro *El Vulgo*. Este vulgo va engrosándose con nobles, eclesiásticos, ambiciosos sin escrúpulos, figurones con o sin talento. Y Moro, grande y sencillo, se va quedando solo con sus convicciones. Abogado de primer orden, podía haberse justificado a sí mismo sutilmente—haber justificado ante Dios—cualquier juramento que hubiera hecho en la tierra. Pero no quiso ser abogado con Dios. El planteamiento de la obra—quince o veinte minutos—pesa un poco. Luego va creciendo hasta interesarnos profundamente. Nos atraen, sobre todo, ese *Vulgo*—interpretado por José Sepúlveda—que siempre introduce al espectador en las situaciones por la puerta del servicio—, lo que es un mérito del autor—; la familia de Moro—que Bolt ha reducido con acierto, falseando la historia, a Margarita, la hija preferida, y Alicia, la mujer—y Tomás Moro, con toda su verdad, delicada entereza y silencioso heroísmo. Lo demás—quizá porque antes lo fué realmente—nos pareció un poco de cartón. Robert Bolt ha escrito una obra profundamente ejemplar. Moro, oblato benedictino, no hizo otra cosa que apurar una de las normas de San Benito: "Por la justicia y la libertad, todo hombre debe resistir hasta la sangre." El teatro y el cine tienen el poder envidiable de multiplicar lo ejemplar y recordar a todos que el mundo puede y debe ser del hombre sabio y justo.

Muy funcional y bello el cambiante, esquemático decorado de Vicente Viudes, al que también hay que elogiar los figurines. La dirección, armonizada, correcta, abusando del rebrillar del Támesis—que distrae y molesta—en las escenas "con barquero". Manuel Dicenta, fundido con

su personaje, *Tomás Moro,* logró una interpretación memorable, extraordinaria realmente. Enrique Cerro consiguió también la mejor ficción quizá de su carrera representando a su tocayo Enrique VIII. Y destacables sobre el resto del reparto: Carmen de la Maza, José Sepúlveda, Miguel Narros y Javier Loyola. Carlos Ballesteros—aquí el *duque de Norfolk*—hace todos sus papeles con ímpetu inusitado, casi patológico. Urge que se frene.

En el María Guerrero se ha estrenado, en versión de José López Rubio, JUANA DE LORENA, dando así a conocer al autor norteamericano Maxwell Anderson. Dirección: José Luis Alonso. *Juana:* Lola Cardona.

Se trata, desde luego, de un autor digno, pero la obra no nos interesó. No valía la pena esa técnica pirandelliana para rebelión tan leve. No valía la pena la crítica de otras "Juanas", más o menos utilizadas como pretexto, para ir haciendo, a trancas y barrancas, una Juana fiel porque "es la verdad de Juana la que siempre se impone sobre todos". Bueno. Pero esperamos obras con más sentido. No había bosque detrás de los árboles.

Cada día consideramos más el "fenómeno" Buero Vallejo. Su acendrada honradez, la serenidad ejemplar con que va cumpliendo su destino paso a paso, sus miras puestas en lo difícil siempre, su impermeabilidad a sugestiones malintencionadas, tontas o inconscientes, su crecimiento indudable. ¿Hay muchos como él hoy día entre nosotros? A la gente que escribe le da igual acertar o no, se arañan porque su nombre salga en cualquier sitio, buscan "sonar", no "quedar". Las excepciones supongo que las conocemos todos. Buero es la honradez, la humildad inteligente, la ambición noble personificadas. Nadie podrá negarle nada menos que esto algún día, si es que pueden negarle otras cosas menos importantes.

En EL CONCIERTO DE SAN OVIDIO, estrenada en el Goya, vuelve Buero al símbolo de la ceguera. Símbolo, diría él, como lo es la vida: abierto, no sujeto a límites precisos. Vuelve a fustigar "la ceguera tranquila". Expresa de nuevo su fe en el mejoramiento humano, tan real como lento: *En la ardiente oscuridad, Un soñador para un pueblo, Las Meninas...* Es importante que reconozcamos ya temas, preocupaciones constantes en el teatro de Buero. Indica que hay autor y obra suficientes; promete que su teatro será nuestro.

La inconcebible cosa—para una sensibilidad de hoy—que es la filantropía—vocablo escindidor y repugnante—, muestra a las claras su filo carnicero en EL CONCIERTO DE SAN OVIDIO. Los ciegos de la nueva obra sólo interesan como tales ciegos; en la obra, en la vida. Mantenidos así, aumenta la ceguera de todos. Los videntes están a oscuras también por cegueras peores. Lucha de ciegos engreídos por una luz inexistente o una luz ideal es este CONCIERTO DE SAN OVIDIO, en el que pueden rastrearse sin dificultad constantes del teatro de Buero, con una diferencia esencial: que aquí Buero, afortunadamente, se ha dislocado, se ha desmedido en espíritu. Se ha extremado con madurez sorprendente, con seguridad y valentía de autor que puede permitirse pesadillas, locuras creadoras en

alta voz. EL CONCIERTO DE SAN OVIDIO puede calificarse de "rara" y éste es glorioso peldaño que Buero no había pisado aún. No olvidaré fácilmente la orquestina de ciegos en el cafetín de la Concordia. Las risas "feroces" de los clientes del cafetín. El incidente, considerado como poco importante por el dueño, y que, sin embargo, dará más humano compás al corazón del hombre. El aguafiestas, el joven que protesta es Valentín Haüy, que fundará más tarde la institución de Jóvenes Ciegos y, creando para ellos caracteres en relieve, conseguirá que lean. El dolor hace que vaya mejorando el mundo con lentitud, con dureza.

La interpretación, sin disonancias, no pasó de discreta, exceptuando a los ciegos—Francisco Merino, Pedro Oliver, Avelino Cánovas, Manuel Andrés, Félix Lumbreras y, sobre todos, José María Rodero—, que interpretaron con justeza y arte sus papeles. Muy acertados, como de costumbre, los decorados y figurines de Manuel Mampaso. Y sin fallos, hábil y armónica, la dirección de José Osuna. La música de la canción *Corina la pastora* es de Rafael Rodríguez Albert. EL CONCIERTO DE SAN OVIDIO tiene porvenir en los escenarios del mundo.

Cayetano Luca de Tena ha inaugurado la temporada del Español con EL PERRO DEL HORTELANO, de Lope de Vega, revisada por Federico Carlos Sainz de Robles.

EL PERRO DEL HORTELANO entretiene en todo momento, hace reír. *Diana* es uno de los caracteres femeninos de Lope más deliciosos. *Marcela* y *Teodoro* divierten al público con el alza y baja exagerados, constantes, de sus relaciones. *Tristán* es un "gracioso" alegre, avispado y noble como pocos. Luca de Tena ha cuidado la obra con minuciosidad de relojero, dando a las luces, por ejemplo, empaque convencional, que va tan bien a este tipo de obras. Ha hecho decir bien los versos a los actores—Carmen Bernardos, excelentísima actriz, los ha dicho bien siempre—, aunque no lo haya logrado con Jacinto Martín. La *condesa de Belflor*—y con ella todos los personajes—se movía con arte en su bello palacio seudorrenacentista ideado por Emilio Burgos, que diseñó también los figurines, muy elegantes. Carmen Bernardos, Armando Calvo y Miguel Angel actuaron muy bien. Y lo mismo, en sus breves intervenciones, María Paz Ballesteros y Antonio Pérez.

Lope de Vega es mejor que Alfonso Paso.

MEDARDO FRAILE.